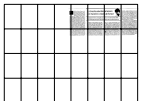


<p>Diario de Sevilla</p> <p>Andalucía General</p> <p>Diaria</p>	<p>Tirada: 37.397</p> <p>Difusión: 29.504</p> <p>(O.J.D)</p> <p>Audiencia: 103.264</p>	<p>Sección: -</p> <p>Espacio (Cm_2): 269</p> <p>Ocupación (%): 29%</p> <p>Valor (Ptas.): 205.384</p> <p>Valor (Euros): 1.234,39</p> <p>Página: 115</p>	
	<p>15/05/2005</p>	<p>Imagen: Si</p>	

COMO ya lo hizo el Banco de España hace unos meses, el comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios, Joaquín Almunia, ha advertido esta semana del grave problema que supone el atraso tecnológico de España con respecto a la Unión Europea. Esta advertencia responde sin duda a una situación de hecho: se mide como se mide, el desfase de capital tecnológico español es más que notorio con respecto a su entorno de referencia, no sólo la UE-15, sino que también se da con respecto a varios países del Este recién integrados, como Chequia o Polonia, que apuntan a reeditar el *sorpasso* de Irlanda –y no digamos de Finlandia en este capítulo-. Analistas de este periódico como Francisco Ferraro o Rogelio Velasco han venido constatando esta realidad que hoy aborda Marcos de la Calle en nuestra sección de coyuntura. Aun así, es necesario hacer varias consideraciones para que no sea tecnología e I+D+i todo lo que reluzca. La palabra clave es productividad.

La brecha educativa amenaza con hacernos criados de Europa



El desfase formativo de España con respecto a la Unión Europea debe ser considerado más grave que el tecnológico del que advierte Almunia

España es menos productiva que *nuestros* demás, y no mejora en este aspecto. La ortodoxia señala como las variables *clave* para la productividad a la tecnología y a la educación, lo que se da en llamar capital tecnológico y capital humano de un territorio. La inversión en ellos debe derivarse en mayor competitividad de ese territorio y en crecimiento y desarrollo del mismo. Pero la educación es anterior, y la formación de capital humano es por ello más esencial que la de capital tecnológico; casi podría decirse que la primera es causa de la otra, más

aún en su vertiente de innovación. No es posible ser optimistas con el nivel educativo español, como se encargó de poner de relieve el Informe PISA sobre la formación de los estudiantes de países desarrollados, que caracterizaba a buena parte de *nuestros* estudiantes de grados anteriores al universitario como ágrafos funcionales.

La tecnología, por otra parte, es más fácilmente mejorable que la formación en términos generales, el coste de su inversión tiende a decrecer –al menos en las tecnologías de la información y la comu-

nicación–, y *estar a la última* no es tan necesario como hacer un uso intenso y de calidad de la tecnología disponible. Expertos con mayúsculas como Nicholas G. Carr, editor de la Harvard Business Review, llegan a considerarla ya hoy una *commodity*, es decir, elementos cuya adquisición y uso no produce diferenciación ni, por tanto, ventaja competitiva: un *mínimo*.

La educación es otra cosa, con implicaciones más profundas y, si se me permite la expresión, más estructurales. Las declaraciones políticas de compromiso con la educación infantil y de bachillerato no tienen consonancia alguna con las realidades de inversión derivadas, tanto en la cantidad como en la calidad de su aplicación. Existen además otros factores de, digamos, *costumbre* que no ayudan a mejorar este estado de cosas, como los calendarios escolares, que en algunas ciudades andaluzas, como Sevilla, contienen periodos vacacionales sucesivos e irracionales justo en la etapa de maduración de los conocimientos del curso.